



Javier de Burgos

El novio de Doña Inés

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Javier de Burgos

El novio de Doña Inés

PERSONAJES:

DOÑA BRÍGIDA
INÉS
PASCUALA
DON GONZALO
JUANITO

Época actual.

Derecha e izquierda las del actor.

Acto Único

Sala modestamente amueblada con dos puertas al fondo, la de la derecha, la entrada de la calle. Puertas laterales. La primera de la derecha da a un balcón. En la pared del fondo tres o cuatro cuadros con tapa de cristal, dentro de los cuales se ven coronas doradas y de laurel con grandes cintas. Cómoda antigua en la pared del fondo y encima dos espadas de teatro cruzadas y dos botas de montar. A la derecha, en primer término, un veladorcito y dos sillas. En medio de la escena una mesa con tapete, y a la izquierda, en primer término un baúl que sirve después para sofá. Repartidos por la escena varios baúles y escusabarajas, algunos abiertos y asomando por ellos trajes de teatro. Algunos de estos encima de las sillas que hay en escena, y otros colgados de una percha alta con pié que habrá al fondo derecha.

Escena I

BRÍGIDA. -INÉS, sentadas en las sillas bajas, una a cada lado del velador, cosiendo y arreglando trajes de teatro, de los que se verán varios en el suelo cerca de ambas, así como una canastilla de costura y pedazos de tela al lado de DOÑA BRÍGIDA, que estará a la derecha.

DOÑA BRÍGIDA. -(Dirigiéndose a Inés que le pasará parte de un pantalón negro de trusa que tendrá cerca.) Dame una pierna del Comendador, Inesita.

INÉS. -Tome usted, mamá.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Has concluido con Don Luís Mejía?

INÉS. -(Mostrando el colete que está cosiendo.) Me falta echarle un remiendo debajo del brazo.

DOÑA BRÍGIDA. -No creí yo que estaban en tan buen estado estos trajes. Hace más de catorce años que no los utiliza mi marido, y es casi un milagro que no se los haya comido la polilla.

INÉS. -¡Ay!

DOÑA BRÍGIDA. -Cuántos recuerdos despierta en mí toda esta ropa. Época feliz aquella en que mi esposo era el primer galán y yo la dama de su compañía.

INÉS. -¡Ay!

DOÑA BRÍGIDA. -Quien hubiera dicho entonces que un hombre de tanto mérito y de tantas facultades sobre las tablas, había de venir a parar en agente de teatros, en formador de compañías dramáticas de quinto orden, sin otro patrimonio que lo poco que le produce el alquiler de estos trajes.

INÉS. -¡Ayayay! (Suspirando mas fuerte.)

DOÑA BRÍGIDA. -Mira, hija mía, ya me voy cargando de oírte suspirar de esa manera.

INÉS. -¡Deje usted que desahogue mi pecho, mamá! Tengo hoy una opresión!

DOÑA BRÍGIDA. -Bueno, pues yo ya estoy harta de tus sensiblerías, y vas a conseguir que me incomode de veras y que me oponga a que vuelvas a hablar con ese pollo.

INÉS. -Pero si usted supiera...

DOÑA BRÍGIDA. -¡Pues no te ha entrado con poca fuerza el dichoso cariño! Yo necesito saber quién es ese joven, en qué se ocupa, si es partido que te conviene.

INÉS. -Ay, mamá, sí. Yo le juro a usted que me conviene.

DOÑA BRÍGIDA. -Pero, inocente, ¡qué has de saber tú! Además, lo que pretende tu novio es imposible. ¡Entrar en casa sin que lo sepa tu padre! ¡Ave María Purísima! No parece sino que no conoces el genio de tu padre, y lo opuesto que siempre ha sido a que te se acerque ningún hombre.

INÉS. -¿Y eso es justo? Si él no se hubiera acercado a usted...

DOÑA BRÍGIDA. -Basta, niña; ya te he dicho que le amansaré, pero antes es preciso que yo le hable, que prepare el terreno. De otra manera, vas a exponer a tu novio a que lleve un par de garrotazos en cuanto sepa tu padre que te ronda la calle.

INÉS. -¡Ay! Tiene usted razón. Papá es tan...

DOÑA BRÍGIDA. -Sí que lo es. Pero mira, cuando se le pasa el primer pronto, y conoce que lo ha sido, se arrepiente y es razonable. Dame otra pierna del Comendador.

INÉS. -Tome usted. (Dándole parte de un calzón.)

DOÑA BRÍGIDA. -Además, hija mía, es necesario saber cuáles son las intenciones de ese caballerito.

INÉS. -¿Sus intenciones? Ay mamá, si hubiera usted oído lo que me decía anoche en el ratito que hablé con él desde el balcón!

DOÑA BRÍGIDA. -¿Qué te decía?

INÉS. -Que no pensaba más que en ser padre de familia.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Cómo padre de familia?

INÉS. -En casarse conmigo y en que fuéramos muy felices.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Ah! Vamos, por ahí debía de haber empezado.

INÉS. -Me dijo que su papá que ha venido de las Américas, es muy bueno, que le quiere mucho, que le da gusto en todo, y que no se opondrá a nuestro casamiento.

DOÑA BRÍGIDA. -Bueno, bueno, eso es lo que queda por ver.

INÉS. -¿Lo que queda por ver? Pues bien, mamá, se lo voy a contar a usted todo, para que no se extrañe de verme hoy tan emocionada y convulsiva. Juanito me juró anoche, que hoy mismo le iba a decir a su padre que está loco por mí, y que o se casa conmigo, o toma fósforos.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Muchacha!

INÉS. -Como lo está usted oyendo.

DOÑA BRÍGIDA. -Estoy viendo a tu novio paternalmente descalabrado.

INÉS. -¡Me quiere muchísimo!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Si no lo dudo!

INÉS. -¡Y yo a él! ¡Vaya si le quiero! Y usted le trata con muchísimo despego. No haber permitido que nos acompañe.

DOÑA BRÍGIDA. -Pero hija mía, si apenas le conozco. Mi dignidad de madre me ha obligado a hacer la vista gorda.

INÉS. -¡Es tan guapo, tan simpático, tan esbelto, tan bien configurado!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Niña, niña! (Reprendiéndola.)

INÉS. -Perdone usted, mamá. ¡Cuando hablo de él me... desvarío!

Escena II

DOÑA BRÍGIDA. -INÉS. -PASCUALA por el fondo andando de puntillas y mirando a todos lados.

PASCUALA. -¡Señurita, señorita!

DOÑA BRÍGIDA. -¿Eh? ¿Qué quieres, Pascuala?

PASCUALA. -¿Nu está el amu?

DOÑA BRÍGIDA. -No, ¿qué ocurre?

PASCUALA. -¡Chists! ¿Están ustedes solas?

DOÑA BRÍGIDA. -¿No lo estás viendo, alma de cántaro?

PASCUALA. -Ay, Dios mío, que si se enterara...

DOÑA BRÍGIDA. -¿Pero qué pasa?

INÉS. -¿Qué será mamá?

DOÑA BRÍGIDA. -Vamos, acércate. ¿Qué misterios son esos?

PASCUALA. -Pues ocurre que ha estado ahí el señorito, ese que habla con la señorita pur el balcón...

INÉS. -¡Juanito! (Levantándose sobresaltada.)

DOÑA BRÍGIDA. -¿Qué estás diciendo?

PASCUALA. -¡El mismu!

INÉS. -¿Pero tú le conoces?

PASCUALA. -¡Digu, digu! Pues estaba en la escalera esperandu a que yo abriera al ajuador, y en quantu me vio se me acercó curriendu y me diju muy bajitu: «Para la señorita y que no se entere tu amu. Toma, toma»; me dio esta carta y este duro (Mostrando ambas cosas, una en cada mano.) Y echó a correr.

INÉS. -(Quitándole la carta rápidamente.) Dame la carta.

DOÑA BRÍGIDA. -(Quitándole el duro.) Dame el duro.

PASCUALA. -¿Comu?

DOÑA BRÍGIDA. -¡Vete! (Muy incomodada.)

PASCUALA. -Peru señorita...

DOÑA BRÍGIDA. -¡Y se atreverá todavía!... Quítese usted corriendo de mi vista.

PASCUALA. -Peru ese duru...

DOÑA BRÍGIDA. -¿Este duro? ¡Ya verá lo que hago yo con este duro! Y usted, señorita, ¡dése usted inmediatamente esa carta!

INÉS. -(Dándosela.) ¡Pero, mamá!...

DOÑA BRÍGIDA. -¡Hola con el caballerito! ¡Venir a sobornar a los criados! Atreverse... Si no fuera mirando...

INÉS. -Pero mamá...

DOÑA BRÍGIDA. -¡Que te calles!

PASCUALA. -Es que...

DOÑA BRÍGIDA. -Silencio. ¡A la cocina! (Vase PASCUALA por el fondo izquierda.) Habrase visto...

Escena III

DOÑA BRÍGIDA. -INÉS.

INÉS. -Pero, mamaíta, qué razón ha habido para...

DOÑA BRÍGIDA. -(Cambiando de tono.) ¿Te quieres callar, grandísima tonta? No comprendes que esto es una lección de delicadeza que he tenido que dar a esa palurda?

INÉS. -¡Ah! bien decía yo...

DOÑA BRÍGIDA. -Si se acostumbra a esta clase de propinas...

INÉS. -Pero ¿qué va usted a hacer con ese duro?

DOÑA BRÍGIDA. -Qué sé yo. ¡Es tan poco lo que se puede hacer con un duro! (Se lo guarda.) ¿Sabes que tu novio es más atrevido de lo que yo creía? ¡Subir hasta aquí trayendo una cartita!

INÉS. -Ay, mamá, cuando él se ha aventurado a hacer lo que ha hecho, algo grave debe ocurrir.

DOÑA BRÍGIDA. -(Dándole la carta.)

¡Vaya, pues toma el escrito
y sal ya de esa agonía!

INÉS. -(Leyendo el principio y el final de la carta.)

«¡Dulce Inés del alma mía!»

Y la firma de... «¡Juanito!»

DOÑA BRÍGIDA. -(Muy asustada, dando un grito y mirando hacia la puerta primera, puerta de la izquierda.) ¡Tu padre!

INÉS. -(Guardándose rápidamente la carta.) ¡Ay! (Se ponen ambas a coser.)

Escena IV

DOÑA BRÍGIDA. -INÉS, cosiendo a la derecha. DON GONZALO por la primera izquierda muy preocupado, con sombrero puesto, y varios papeles en la mano. Tipo raro que contraste con el papel que después ha de representar. Cojea un poco.

DON GONZALO.
¡Cuánto percance maldito!
¡Pero mal rayo me parta,
si no saco de esta carta
todo lo que necesito!

(Repasa los papeles que trae.) ¡Por vida de!... Y es que no me sale la cuenta por ningún lado. ¡Maldito sea don Juan Tenorio, y toda su parentela!

DOÑA BRÍGIDA. -¿Qué es eso Gonzalo?

DON GONZALO. -¿Eh?... (Viéndolas.) ¡Ah! ¿Están ustedes ahí?

DOÑA BRÍGIDA. -¡Vaya una pregunta! Y trabajando a toda prisa, si has de tener arreglados estos trajes para luego.

DON GONZALO. -¿Cómo arreglados?... Ay de vosotras si no está todo listo a la hora del tren.

DOÑA BRÍGIDA. -Bien, hombre, no te alborotes. ¡Si tú supieras las puntadas que hay que dar!...

DON GONZALO. -(Muy incomodado.) Pues a darlas, aunque no comáis, ni bebáis, ni descansáis... seis... seis, digo, seis...

DOÑA BRÍGIDA. -¡Siempre has de estar rabiando!

DON GONZALO. -Presentárame tan bonito negocio teatral, después de seis meses de parada, y salir ese estúpido dueño del coliseo con que quiere una compañía completa para dar en el pueblo tres representaciones del Tenorio. ¡Si hubiera elegido otro drama cualquiera! ¡Pero el Tenorio! Y todo, por el mismo tanto alzado que otras veces. Por miserables dos mil reales, de los cuales pensaba guardarme yo las cuatro quintas partes... y una quinta parte más, por lo menos.

DOÑA BRÍGIDA. -Hijo, en Noviembre ya se sabe; o Don Juan Tenorio, o cerrar los teatros.

DON GONZALO. -No, y con el tiempo, ya verás tú como lo anuncia el calendario: «La conmemoración de los difuntos, y San Juan Tenorio.» ¡Pero qué he de hacer después de lo que me dicen en esta carta!

DOÑA BRÍGIDA. -¿No me dijistes anoche que contabas ya con algunos cómicos baratitos?

DON GONZALO. -Sí: pero hija, a última hora me ha salido una primera actriz que se cree una Ristori, un galán que se tiene por un Isidoro Máiquez, y un barba... (Maldita sea su estampa;) con más pretensiones que todos juntos. ¡Y métase usted a formar compañías con exigencias de esa clase!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Cómo se va poniendo el teatro!

DON GONZALO. -¡No, si ya está puesto, hija mía!

DOÑA BRÍGIDA. -Oye, ¿y qué te han pedido los demás?

DON GONZALO. -A los demás los tengo seguros, son protegidos míos... Artistas que empiezan...

DOÑA BRÍGIDA. -(A padecer.)

DON GONZALO. -Y esos irán donde yo les lleve... y harán lo que yo les diga... y tomarán... lo que yo les dé.

DOÑA BRÍGIDA. -Ve al café, ¡háblales al alma!

DON GONZALO. -Al bolsillo será mejor. Me llevo treinta duros para todos, les digo que no hay más y a ver por dónde salen.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Excelente idea! Oye, Gonzalo, ¿y has pensado bien el reparto de la obra?

DON GONZALO. -Eso será fácil en cuanto acepten mis proposiciones Doña Inés, Don Juan y el Comendador. Los otros son papeles de poca importancia. No creas, sin embargo, que llevo gente torpe. ¿Si vieras qué actorcito tan aprovechado es el que me va a hacer el Mejía? Lástima que sea sordo.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Hombre!

DON GONZALO. -Sí. Pues hay otro, el oficial de mi zapatero que va a hacer un capitán Centellas, que no lo parte un rayo.

DOÑA BRÍGIDA. -¿El tuerto?

DON GONZALO. -Sí. El que dice que tiene una nube en este ojo. (Señalando uno de los suyos.) Es decir, en el suyo; pero yo creo que la nube es una tempestad deshecha.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Y quién te va a hacer la doña Brígida?

DON GONZALO. -¿La doña Brígida?... ¡Ah! ¡Para ese papel tengo una gran características! ¿Te acuerdas de aquel apuntador que no sabía leer? ¿Aquel que fue con nosotros a Jijona el años cincuenta y seis, cuando hice yo La Carcajada?

DOÑA BRÍGIDA. -Sí, sí.

DON GONZALO. -Pues su madre.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Pero, hombre!...

DON GONZALO. -No es muy joven, pero cumple. Si vieras qué bien toca ciertos papelitos.

DOÑA BRÍGIDA. -Por Dios, no dejes escapar esos pesos duros que vienen en tan buena ocasión.

DON GONZALO. -Como que si no hubieras venido, yo no sé lo que hubiera sido de nosotros.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Le estoy debiendo a los once mil vírgenes!

DON GONZALO. -Y yo a los innumerables mártires de Zaragoza. Vaya, hasta luego. (Mirando uno de los papeles que tiene en la mano, y deteniéndose un momento a hacer cuentas.) Ocho y ocho diez y seis, y seis veintidós... y diez treinta y dos... ¡Nada, que no me es posible dar más de diez y nueve reales al barba! ¿Y si no se conforma? Si no se conforma lo echo, y le doy el Comendador al sordo... el Mejía al tuerto, y el Escultor al manco... Vaya, hasta luego.

INÉS. -¡Adiós papá!

DON GONZALO. -¡Adiós, hija, Maldito sea Don Juan Tenorio!... (Vase muy incomodado, por el foro derecha.)

Escena V

BRÍGIDA. -INÉS

DOÑA BRÍGIDA

Ea, ya tu padre se ha ido,
saca esa carta y al grano.

INÉS

(Sacando la carta.)
¡Ay! Se me abrasa la mano
con que el papel he cogido.
(Leyendo.)

«Dulce Inés del alma mía.»
¡Ay qué principio mamá!

DOÑA BRÍGIDA

¿Te escribe en verso? (Será
alguna majadería.)

INÉS

«Rosa, camelia, clavel,
pimpollo de cien colores,
reina de todas las flores
y palomita sin hiel»...

DOÑA BRÍGIDA

Vaya... pues según empieza,
no parece tonto el nene.

INÉS

Mamá, el talento que tiene,
no le coge en la cabeza.

DOÑA BRÍGIDA

Sigue.

INÉS

Halagüeña y propicia,
se nos muestra la fortuna;
prepárate a escuchar una
morrocotuda noticia.»
(Dejando de leer y asustada.)
Ay, qué será, mamá, ¿di?

DOÑA BRÍGIDA

¡Qué sé yo!

INÉS

¡Dios poderoso,
todo el sistema nervioso
lo tengo fuera de sí!

DOÑA BRÍGIDA

Sigue, hija.

INÉS

«Sabrás, bien mío,
que el voto cumplimentando
que te hice anoche, temblando
de amor, de miedo y de frío,
hoy todo con mucha calma,
y sin decir «agua va»,
se lo he dicho a mi papá
de mi vida y de mi alma.»

DOÑA BRÍGIDA

¡Qué vehemencia y qué ternura,
ese chico es un portento!

INÉS

¡Ay, yo no sé lo que siento!
DOÑA BRÍGIDA

Vaya, sigue la lectura.

INÉS

(Lee.)

«Mi papá quedó aturdido,
luego echó mano a un bastón.»

DOÑA BRÍGIDA

¡Malo!

INÉS

«Mas con emoción
al escuchar tu apellido,
y al ver que yo le decía
que todo por ti lo afronto
y que o me casaba pronto,
o que me suicidaría, (Marcando mucho las oes.)

DOÑA BRÍGIDA

¡Oh!

INÉS

-Quiere mucho a esa doncella,
abrazándome me dijo,-
no tomes fósforos, hijo,
que te casarás con ella.»

DOÑA BRÍGIDA

¡Hija, de estas proporciones,
pocas!

INÉS

«De gozo radiante
me he apresurado al instante
a ponerte estos renglones,
y de tu amor solícito,
hecho esta relajación...»

DOÑA BRÍGIDA

¿Eh?

INÉS

«Que salgas al balcón
cinco minutos: Juanito.»
(Dirigiéndose apresuradamente al balcón.)
Me está esperando.

DOÑA BRÍGIDA

¡Inesita!

INÉS

¡Allí está!

DOÑA BRÍGIDA

Niña, repara...

(No he visto cosa más rara.)

INÉS

Venga usted acá, mamaíta.

(Levantándose y yendo al balcón.)

DOÑA BRÍGIDA

Allá voy.

INÉS

Conteste usted,
que saluda,

DOÑA BRÍGIDA

(Saludando.) ¡Es agraciado!

INÉS

¡Cuántas noches ha pasado
pegadito a esa pared!

DOÑA BRÍGIDA

¿Eh? ¿Qué me quiere decir
con esas señas? No entiendo.

INÉS

Ah, pues yo bien le comprendo;
que le deje usted subir.

DOÑA BRÍGIDA

¿Cómo? Eso no puede ser.

(Acercándose al balcón y como contestando por señas.)
No estando su padre en casa,
no me atrevo. (Se retira del balcón.)

INÉS

¡Ay, Dios!

DOÑA BRÍGIDA

¿Qué pasa?

INÉS

Mamá, que ha echado a correr
hacia casa de improviso,
y eso es que se ha figurado
que...

DOÑA BRÍGIDA

¿Qué?

INÉS

Que usted le ha invitado
a subir. ¡Qué compromiso!

DOÑA BRÍGIDA

Qué atrevimiento. ¡Canela!

INÉS

Siendo grande su deseo,
usted no ve...

DOÑA BRÍGIDA

¡Lo que veo,
hija mía, es que se cuele!

INÉS

¿Y qué hemos de hacer ahora?

DOÑA BRÍGIDA

¿Qué?

INÉS

¿Lo va usted a echar de aquí?

DOÑA BRÍGIDA

No hija, pero...
(Llaman a la campanilla.)

INÉS

Ya está ahí.

DOÑA BRÍGIDA

Ay si tu padre...

Escena VI

LAS MISMAS. -PASCUALA, por el foro derecha.

PASCUALA. -Señura

DOÑA BRÍGIDA. -¿Qué se ofrece?

PASCUALA. -Que ahí está el señorito de antes.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Quién?

PASCUALA. -Pues, el de la carta y el duro. Y pregunta por usted. Cuidado que se necesita tener poca vergüenza para...

INÉS. -(Sin poderse contener y volviéndose con ira a PASCUALA.) ¡Atrevida!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Desvergonzada!

INÉS. -¡Estúpida!

PASCUALA. -¿Comu?

DOÑA BRÍGIDA. -Dile a ese caballero que pase.

PASCUALA. -¿Que pase?

INÉS. -¡Vamos, pronto! (Vase Pascuala.) ¡Cómo me palpita el corazón!

DOÑA BRÍGIDA. -Retira esa costura, acerca esa silla. (Aprovechemos la ocasión para conocer al mocito.) (Se sienta junto al velador.)

INÉS. -Ya oigo su trote. Ahí viene, mamá... ¡Ah! (Empieza como desvanecerse de emoción, y DOÑA BRÍGIDA le tira un pellizco en el brazo.)

DOÑA BRÍGIDA. -¡Silencio!

INÉS. -¡Ay!

Escena VII

DICHAS. -JUANITO, que entra muy resuelto y se queda cortado. Habla algo gangoso y tartamudo.

JUANITO. -I... I... Inesita... Se... ¡Señora!

DOÑA BRÍGIDA. -Pase usted, caballero.

JUANITO. -Se... señora... (Pasa a dar la mano a DOÑA BRÍGIDA. INÉS se sienta.)

DOÑA BRÍGIDA. -Disimule usted que le recibamos en este campo de Agramonte; pero lo intempestivo de... (JUANITO, cortado, va a sentarse en la silla donde está INÉS.)

INÉS. -No te turbes, Juanito. Ya todo lo sabe. Ábrele el pecho a mamá.

JUANITO. -¡Ay, se... señora!... Ya sé lo retebuenísima que es usted, y qui... qui... qui...

DOÑA BRÍGIDA. -(Es un pollo.) (Fijándose en JUANITO.)

INÉS. -¡Habla despacio, Juanito! Como tiene esa dificultad en la garganta...

DOÑA BRÍGIDA. -¡Ah!... ¿tiene?...

JUANITO. -En la campa... nilla.

DOÑA BRÍGIDA. -(¡Qué mal suena!)

INÉS. -Se tragó la hoja de un corta-plumas cuando chiquito...

JUANITO. -Y... ¡zas!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Jesús! Sin embargo, no se conoce mucho la falta.

INÉS. -¿Verdad que no? Y hasta le hace gracia ese modo de hablar.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Niña! (Reprendiéndola.)

JUANITO. -(¡Bendito sea tu pi... pi... pico!)

DOÑA BRÍGIDA. -Pero tome usted asiento.

JUANITO. -Muchas gracias, señora. (Se sienta.)

DOÑA BRÍGIDA. -Ante todo, caballero, agradezco en el alma el cariño que inspira a usted Inés, y si es tan verdadero...

JUANITO. -¿No se opone usted?

DOÑA BRÍGIDA. -No señor.

INÉS. -¡Qué se ha de oponer!

JUANITO. -¡Ay, qué gusto! Pues mi papá está conforme, me ha dicho que la conoce y...

INÉS. -¿Que me conoce a mí?

DOÑA BRÍGIDA. -¿Que conoce a mi hija?

JUANITO. -Sí señora.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Pero dónde la ha visto?

JUANITO. -¿Dónde la ha visto?... Ji, ja!... cuan... cuando sepa usted...

DOÑA BRÍGIDA. -(¡Me escama el padre de este joven!) Hay que tener en cuenta las muchas obligaciones que se contraen...

JUANITO. -Ya sé a dónde va usted a parar.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Qué?

JUANITO. -Mi papá tiene guita, y, por fin, voy a dar a ustedes la gran sorpresa. Mi papá... (Suena un campanillazo dentro.)

DOÑA BRÍGIDA

¡Ah!

INÉS

JUANITO. -¿Qué?

DOÑA BRÍGIDA. -¡Virgen de las Angustias!... ¡Ese es tu padre!

INÉS. -¡Dios mío!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Estamos perdidos!

JUANITO. -¿Cómo?

DOÑA BRÍGIDA. -Caballero, escóndase usted... No, no se esconda usted. (JUANITO va y viene, según le dicen, sin saber qué hacer.)

INÉS. -No te escondas, no. (Llaman otra vez.) ¡Sí, sí, escóndete!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Caballero! ¡Mi marido es un tigre! Si le ve a usted aquí...

INÉS. -Es capaz de matarte.

JUANITO. -¡Demonio!

Escena VIII

LOS MISMOS. -PASCUALA. -Después GONZALO, foro derecha.

PASCUALA. -¡Señurita... el amu!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Ah! ¡qué idea! Se me ocurre un medio. El único acaso para justificar su presencia de usted en esta casa. Entre usted en su despacho, y yo le diré que es usted un joven que quiere ser cómico, y que viene a pedirle protección.

INÉS. -Sí, dile que quieres ser cómico.

JUANITO. -¿Que quiero ser có... cómico?

DOÑA BRÍGIDA. -¡Sí, entre usted ahí! (Entra en la primera izquierda.) ¡Nosotras a coser! ¡Abre la puerta! (Vase PASCUALA.)

DON GONZALO. -¿Está todo el mundo sordo en esta casa? (Saliendo furioso.)

DOÑA BRÍGIDA. -¡No grites, hombre!

DON GONZALO. -¡Grito, y gritaré cuanto me dé la gana! ¡Para eso estoy en mi casa! ¡Para eso la pago! Es decir: para eso la pienso pagar.

INÉS. -(¡Ay! ¡Cómo viene! ¡Pobre Juanito!)

DON GONZALO. -Pero señor, ¿hay en este mundo un hombre más desgraciado que yo? Nada, nada, no me queda más que un medio. Ese medio es nuestra salvación, y hay que ponerlo en práctica inmediatamente. ¡Brígida! ¡Brígida mía! ¡Ven acá! No puedes figurarte lo que me pasa.

DOÑA BRÍGIDA. -Bueno, pero ante todo...

DON GONZALO. -No me interrumpas. (Con rabia.)

DOÑA BRÍGIDA. -¡Que hay gente extraña en la casa!

DON GONZALO. -¿Cómo?

DOÑA BRÍGIDA. -Déjame hablar un instante y te enterarás. Hace un momento ha venido a preguntar por ti un joven, a quien he hecho entrar en tu despacho.

DON GONZALO. -¿Un joven aquí?

DOÑA BRÍGIDA. -Sí; un joven que yo misma he retenido, en cuanto supe el objeto de su visita.

DON GONZALO. -Pero, ¿qué quiere?

DOÑA BRÍGIDA. -Dedicarse al teatro, y que tú le protejas. Es un chico decente, de buena figura, modesto, y no pide sueldo.

DON GONZALO. -¿Qué me dices?

DOÑA BRÍGIDA. -¿Eh?

DON GONZALO. -Ay Brígida de mi corazón. (La abraza.)

DOÑA BRÍGIDA. -¿Qué te pasa?

DON GONZALO. -¡Ese joven nos le envía la Providencia! ¡Bendita sea la Providencia! Nos hemos salvado.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Qué estas diciendo?

INÉS. -(Se salvó.)

DON GONZALO. -Tú sabes que hace poco salí yo de aquí, con objeto de dejar arreglada mi compañía.

DOÑA BRÍGIDA. -Sí.

DON GONZALO. -Pues bien. Llego al café, hago mi proposición. El galán me dice que ni él ni su esposa son pordioseros. El barba me increpa llamándome negrero y miserable, y... no me pude contener. Le tiro al galán la media tostada de abajo que empezaba a comerme, agarro la barba por las ídem... y si no me los quitan... ¡me estrangulan!

DOÑA BRÍGIDA. -¡Jesús!

DON GONZALO. -Salgo a escape, desesperado, viéndome sin Doña Inés, sin Tenorio y sin Comendador, y al entrar en casa he tenido un pensamiento.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Es posible?

DON GONZALO. -A grandes males, grandes remedios. A buen hambre, no hay pan duro, y más vale un tengo, que dos tomaré.

DOÑA BRÍGIDA. -Acaba.

DON GONZALO. -¿Crees tú que cien duros merecen un sacrificio?

DOÑA BRÍGIDA. -Cien sacrificios de a duro cada uno.

DON GONZALO. -Pues bien: esta tarde salimos todos nosotros en el tren. Yo voy a hacer el Tenorio, tú la doña Inés...

DOÑA BRÍGIDA. -¡Gonzalo!

DON GONZALO. -Y ese joven aspirante el Comendador.

INÉS. -(¡Virgen de Atocha!)

DOÑA BRÍGIDA. -Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Hacer yo de doña Inés?

DON GONZALO. -¿No será la primera vez que la has hecho?

DOÑA BRÍGIDA. -¡Hace treinta años!

DON GONZALO. -Con el colorete y los vestidos, verás cómo nos transformamos.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Nos van a silbar!

DON GONZALO. -(Muy decidido.) ¡Aunque nos maten! hay que hacer el Tenorio. Di a ese joven que salga.

DOÑA BRÍGIDA. -(Llamándole.) Caballerito... salga usted. Mi señor esposo ha llegado. (¿Qué va a suceder aquí?)

Escena IX

Los MISMOS. -JUANITO

JUANITO. -Caballero... (Con temor.)

DON GONZALO. -Servidor.

JUANITO. -Muy buenos días.

DON GONZALO. -Muy buenos.

JUANITO. -¿Está usted bueno?

DON GONZALO. -Yo bueno, ¿y usted?

JUANITO. -Bueno.

DON GONZALO. -Bueno.

JUANITO. -(Ahora entrará lo malo.)

DON GONZALO. -(Es joven, pero hay representación, apostura, flexibilidad, la voz algo parda, pero...) Caballerito: acabo de saber por mi esposa el motivo que la ha impulsado a...

JUANITO. -(Viendo las señas que le hacen INÉS y DOÑA BRÍGIDA.) Quiero ser cómico.

DON GONZALO. -Ya lo sé, y celebro que se haya usted dirigido a mí...

JUANITO. -(Levantando la voz.) ¡Quiero ser cómico!

DON GONZALO. -Lo será usted, amigo mío; y por una felicísima casualidad, va usted a dar a mi lado los primeros pasos en tan difícil y espinosa senda.

JUANITO. -Le repito a usted que quiero ser cómico. (Alzando la voz.)

DON GONZALO. -Sí señor, sí: ¡ya se conoce que tiene usted vocación!

INÉS. -(¡Estoy muerta!)

DON GONZALO. -¿Habrá usted hecho sus comedias de aficionado?

JUANITO. -Sí señor. (Mirando siempre a INÉS y DOÑA BRÍGIDA.)

DON GONZALO. -¿Pero no tendrá usted repertorio?

JUANITO. -(¿Qué será eso?) Pues usted verá; yo lo tenía... es decir, yo que creí que lo tenía, pero... no lo tengo.

DON GONZALO. -Bueno, vamos a ver. Deseo probarle el interés que me inspira. Yo debo marchar esta tarde con mi compañía a un pueblo inmediato, en cuyo teatro vamos a representar el drama Don Juan Tenorio.

DOÑA BRÍGIDA. -(Ahora es ella.)

INÉS. -(Estoy temblando.)

JUANITO. -Bueno. Yo quiero ser cómico.

DON GONZALO. -Sí, sí. Ya veo que usted es un joven dispuesto y entusiasta, y por lo tanto quiero que se venga usted con nosotros para representar el papel del Comendador.

JUANITO. -¿Cómo? (Sorprendido.)

DOÑA BRÍGIDA. -Pero Gonzalo, considera la importancia...

DON GONZALO. -No, si yo pienso hacerle varios cortes...

JUANITO. -¿Cómo cortes? (Atemorizado.)

DON GONZALO. -Reducir el papel para que no tenga usted que estudiar mucho. Es cosa resuelta.

JUANITO. -Pero...

DON GONZALO. -Basta: vendrá usted con nosotros. Tendrá usted pagados viajes, y fonda, y... allá veremos.

JUANITO. -Muchas gracias. (En buena me he metido.)

DON GONZALO. -Ea, ya que está todo arreglado, no hay momento que perder. Ahora es necesario probarnos estos trajes, y al mismo tiempo, ensayaremos algunas escenitas.

DOÑA BRÍGIDA. -¿Probarlos los trajes?

DON GONZALO. -Sí, hija mía, por si hace falta arreglarlos. Dale a este joven el del Comendador para ver cómo le sienta. El que tiene que sacar en los primeros cuadros le estará bien de seguro, porque el tabardo es largo y... por lo tanto, no le des más que el de mármol de Carrara.

JUANITO. -¡Ay, Dios mío! ¿Me van ustedes a vestir de mármol?

DON GONZALO. -Quiero decir, el traje de estatua.

DOÑA BRÍGIDA. -(Cogiendo el traje indicado y dándoselo a JUANITO.) Tome usted... (Y no se niegue usted a nada, porque somos perdidos.)

JUANITO. -¿Me tengo que vestir aquí mismo? Porque me da vergüenza desnudarme delante de ustedes.

DON GONZALO. -No señor; en ese cuarto. (Por el segundo de la derecha.)

JUANITO. -Está bien. (¡Lo que voy a hacer por ti!) (Aparte a INÉS.)

INÉS. -(¡Calla!)

DON GONZALO. -Y nosotros a probarnos nuestros trajes. Tú, hija, quédate aquí repasando el ejemplar, porque vas a hacer de apuntador. (Le entrega el ejemplar. JUANITO, figurando conformarse, se mete en el cuarto de la derecha, y DOÑA BRÍGIDA y GONZALO entran en el primero izquierda.)

Escena X

INÉS, sola.

¡Qué felicidad, Dios mío! Sí, me ama, es indudable, porque de lo contrario, no se resolvería a venir con nosotros en calidad de Comendador. ¡Voy a verle a todas horas! ¡Voy a almorzar con él, a comer con él, a cenar con él, a... en fin, a verle día y noche!... ¡Qué alegría!... Pero, no perdamos tiempo y preparemos las escena para el ensayo. (Mirando los muebles que hay en la habitación.) Cómo me las compondría yo, para... ¡Ah! (Fijándose en el baúl que hay en primer término a la izquierda.) Este baúl puede servir perfectamente para el caso. (Quita el tapete que está sobre la mesa y cubre con él el baúl.) Muy bien. Ahora dos almohadas aquí... (Entra por la segunda puerta de la izquierda y saca dos almohadas que

coloca sobre el baúl.) ¡Ajajá! Estos dos cojines para los pies. (Pone delante del sofá que improvisa, dos cojines que habrá sobre una silla.) ¡Magnífico! Es una otomana digna del Harenque de un sultán. Cómo se revela en todo mi ingenio y mi buen gusto. Repasemos el ejemplar. (Coge un ejemplar del drama y lo ojea.) ¡Jesús!... Pero, ¿quién entiende esto? Todo se vuelve enmiendas y supresiones. (Leyendo una acotación del ejemplar.) «Don Juan coge en brazos a doña Inés y se la lleva.» ¡Ay, Dios mío! Esto no va a ser posible! Papá no puede con mamá. ¡Qué ha de poder con mamá!... (Toda esta escena se llevará con más o menos rapidez, según lo exija el tiempo indispensable para mudar de trajes DOÑA BRÍGIDA y DON GONZALO.)

JUANITO. -(Dentro.) I... Inesita.

INÉS. -(Acercándose a la segunda puerta de la derecha.) ¡Juanito de mi corazón!

JUANITO. -Pero, dime, ¿no tendré más remedio que irme a ese pueblo con ustedes? Yo supongo que esto no será más que un ardid que se le ha ocurrido a tu mamá, para salir del paso.

INÉS. -Yo creo que no hay otro recurso que el de venirme con nosotros.

JUANITO. -¿Con vosotros? Pero Inés, si no me habéis dejado explicarme, si no sabéis lo que pasa; has de saber que mi papá... Ahora salgo a contártelo.

INÉS. -¿Estás ya vestido?

JUANITO. -Estoy en calzoncillos de mármol; cierra los ojos que allá voy.

INÉS. -Quieto por Dios, que vienen mis padres.

Escena XI

INÉS. -DOÑA BRÍGIDA, vestida de doña Inés, y DON GONZALO de Tenorio. Trajes exagerados, pero no viejos ni rotos.

DON GONZALO. -Estás perfectamente. Eres la mismísima doña Inés que soñó el mismísimo don Francisco, digo, don Manuel Zorrilla.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Tú gallardo y calavera!

DON GONZALO. -Sí, muy gallardo, pero con unos calzones que en cuanto me siente revientan de seguro. Probemos. (Acción de sentarse.)

DOÑA BRÍGIDA. -Pues hijo, yo no he podido hacer más que ponerles ahí detrás unos cuchillos.

DON GONZALO. -(Dando un salto con terror al tiempo de sentarse.) ¿Eh?

DOÑA BRÍGIDA. -Unos remiendos para ensancharlos.

DON GONZALO. -¡Ah! ¡Ya! No te había entendido. Mira Inés: los versos tachados no los digas. (Señalando en el ejemplar de la comedia que tiene INÉS.) Del primer acto, ya sabes que se pasa al tercero. El segundo lo he suprimido de una plumada, como asimismo la mitad del cuarto, hasta la escena del sofá, que es la que vamos a ensayar ahora. La verdad es, que con el arreglo que he hecho, ha quedado un don Juan Tenorio que no lo conoce ni don Luis Mejía. Vamos allá. (Coge amorosamente la mano de BRÍGIDA, y la lleva al sofá; figura apuntar INÉS.)

Siéntate aquí vida mía
y olvida de tu convento

INÉS

(En voz baja y de prisa.)
La triste... sombrería.

DON GONZALO

(Repitiendo.)
La triste sombrería...
¡Hija, por Dios!
la triste cárcel sombría.
¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
que esta apartada orilla...
(Variando de tono.)

En esta mano te darás un poco de blanquete, porque doña Inés era blanca, según dice la historia.

(Declamando.)
Están respirando amor?
¿Y esa armonía que el viento
de su capa morador,
la barca del pescador,
que espera cantando el día,
no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?
¿Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas,
convidándome a beberlas,
y ese escondido color,

que en tu semblante no había,
no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?
¡Oh, sí, bellísima Inés!
escucharme sin enojos,
¿cómo lo haces? Amor es.
Mira aquí a mis plantas, pues,
(aquí me miras los pies.)

(Durante esta escena, DON GONZALO mueve en distintas direcciones la pierna derecha que mantiene rígida y es causa de su cojera.)

todo el activo rigor
que rendirse no creía,
adorando vida mía
la esclavitud de tu amor.

INÉS
(Apuntando muy alto a BRÍGIDA.)
Callad por Dios, ¡oh! ¡don Juan!

DOÑA BRÍGIDA
Hija, no des esas voces que no soy sorda.
(Declamando.)
¡Callad por Dios, o don Juan!
que oyendo, os, me parece
que mi cerebro enloquecearde
mi corazón.

¡Ah! Me habéis dado a beber
un fieltro infernal sin duda,
que a rendiros os ayuda
un misterioso amuleto.
Tal vez Santán puso en vos
su bestia fascinadora,
su seducta palabrorra
y él negó, que a Dios amor.

DON GONZALO. -Arráncate ahora para el final que vas muy bien.

DOÑA BRÍGIDA
Yo voy a ti, como va
sorbete...

INÉS

(Apuntando.) Sorbido.
Digo, sorbido ese río al mar.
Tu presencia me enajena,
tu palabra me fuchina...

INÉS

(Apuntado.) Fascina.

DOÑA BRÍGIDA

Fascina.
Y tu aliento me envenena.
Don Juan, don Juan, yo lo imploro
de tu hidalga compasión,
una de dos:
o arráncame el corazón
o ámame porque te adoro.

(Va a abrazar a DON GONZALO, pero éste se levanta de pronto y DOÑA BRÍGIDA cae en el sofá.)

DON GONZALO. -Bien, bien daremos golpe.

INÉS. -(Siguiendo con el ejemplar.) ¡Papá, papá!

DON GONZALO. -Ah, es verdad que me toca a mí. (Volviendo al sofá al lado de DOÑA BRÍGIDA.)

Alma mía, esa palabra
cambia de modo mi ser,
que alcanzo que pueda ser...

(A INÉS.) (Sigue que me he perdido.)

INÉS

Que alcanzo que pueda ser
hasta que el edredón se me abra.

DON GONZALO. -Edén, mujer.
No es doña Inés, Santana... digo
Satanás,
quien puso este amor en mí,
es... incendio que se traga

cuanto ve inmenso, voraz.
Iré mi orgullo a postrar
ante el buen gobernador,
y una de dos: o habrá de darme
tu amor...
o me tendrá que matar.

DOÑA BRÍGIDA
¡Don Juan de mi corazón!

(Vuelve a alzar los brazos para arrojarse en los de DON GONZALO, pero éste se levanta y DOÑA BRÍGIDA cae de nuevo en el sofá.)

Escena XII

DICHOS. -JUANITO, vestido de estatua del Comendador, con la cara empolvada, capa corta, sombrero puntiagudo y los botitos de charol con las orejillas de fuera.

JUANITO. -Ya estoy a la disposición de usted.

INÉS. -¡Ay qué mono! ¡Parece un piloncito de azúcar!

DON GONZALO. -Vamos enseguida a la escena final, ya que está usted vestido de estatua. Este es el pedestal. (Por un baúl que hay a la derecha.) Súbase usted, aguante la respiración, porque en esta escena es usted una estatua. Dichoso pantalón y cómo me aprieta... Ea, ya estoy yo en el pantalón, digo, en el panteón.

JUANITO. -(Puesto ya de rodillas sobre el baúl.) ¡Que quiero ser cómico!

DON GONZALO. -Bueno, hombre, calle usted ahora. (Declamando.)

Héme aquí, ya Comendador, despierta.

(JUANITO se despereza, baja del baúl y se dirige a DON GONZALO. INÉS le sigue apuntándole bajo.)

JUANITO
Aquí me tienes don Juan,
y he aquí que vienen conmigo
los que tu eterno castigo,
de Dios reclamando están.

(INÉS estornuda.)

DON GONZALO. -¡Jesús!

JUANITO
¿Y de qué te esteras

INÉS. -Alteras. (Corrigiéndole en voz baja.)

JUANITO

Alteras
si nada hay que a ti te asombre,
y para hacerte eres plato,
hombre, de sus calaveras?

DON GONZALO

¡Ay, de mí!

JUANITO

(Sin entonación dramática.)
Eso es... que se va concluyendo
tu existencia.

DON GONZALO

¿Qué dices? (¡Más fuerza hombre!)

JUANITO

Lo que hace poco
doña Inés que te avisó
que lo que te aviso yo,
que lo que olvidaste loco.

DON GONZALO

¿Y qué es lo que aquí me das?

JUANITO

(Señalando a INÉS.)

Aquí, fuego
(Ídem a BRÍGIDA.)
Allí cecina.
Te doy lo que tú serás.

DON GONZALO

Cocina... cecina, digo ceniza bien;
pero fuego.

JUANITO

Do arderás eternamente
por tu desenfreno ciego.

DON GONZALO

(De pronto, y adelantándose a todos desentonadamente.)

Yo a los palacios bajé,
yo a las cabañas subí,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.

DOÑA BRÍGIDA. -¡Bien, hijo mío! (Aplaudiendo a DON GONZALO, entusiasmada.)

JUANITO

Don Juan, un punto de construcción
da a un alma la salvación;
aprovéchale con tiento,
porque el plazo va a espirar.
(Golpean dentro de una almirez.)

INÉS

(Con ira.)
¡Y Pascuala machacando!

JUANITO

Y las campanas doblando
por ti están.

(Cesa el ruido de la almirez.)

DON GONZALO

¿Con que por mí doblan?

JUANITO

Sí.

(Óyese dentro la voz de PASCUALA empezando una Petenera.)

DON GONZALO

¡Oh! (Pausa.)

¿Y esos cantos funerales?

JUANITO

Los salmones penitenciales
que están cantando por ti.

Y ahora, don Juan,
pues desperdicias también
el momento que te dan,
conmigo al infierno ven. (Yéndose.)

DON GONZALO. -(Corriendo detrás de JUANITO.) No hombre, de usted dos pasos al frente, me coge usted y me arrastra. (JUANITO coge por una mano a DON GONZALO y tira de él.)

DON GONZALO

Aparta, piedra fingida,
no me apriete esta mano...
que aún queda el último grano.

JUANITO. -¿Un grano? (Mirándole la mano.)

DON GONZALO. -Tire usted de ahí para llevarme al infierno.

JUANITO. -¿Al infierno? (¡Yo lo digo todo, y salga el sol por Antequera!) Mire usted, don Gonzalo, donde yo le llevaría a usted ahora mismo, es a mi casa.

DON GONZALO. -¿Cómo a su casa de usted?

JUANITO. -Sí señor; a mi casa, para que vea a mi padre, que ya tarda en venir como me ha prometido, y que está deseando abrazar a usted. (¡Se la solté!)

DON GONZALO. -Su padre de usted. (Con extrañeza.)

JUANITO. -Sí, señor. Yo no soy cómico, ni bécico. Yo soy Juanito Picarín, hijo de don Diego Picarín, su antiguo amigo y compañero de usted, que ha llegado hace un mes de Guatemala, y que hoy mismo vendrá a pedirle la mano de su hija, para este cura.

INÉS. -¿Cómo cura?

DON GONZALO. -¿Eh? ¿Cómo? (Con gran sorpresa y alegría.)

JUANITO. -Sí, señor, y novio de Inesita.

DON GONZALO. -¿Novio de Inés? (Entusiasmado.) ¡Comendador que me pierdes!

DOÑA BRÍGIDA. -Sí, Gonzalo, yo te contaré lo ocurrido, y... Pero usted, ¿por qué no nos dijo antes todo esto?

JUANITO. -¡Si no me han dejado ustedes hablar! Y como me metieron tanto miedo con... (Por DON GONZALO.)

DON GONZALO. -¡Hijo de Diego, de mi amigo, de mi hermano!

JUANITO. -El cual protege nuestra boda, y como ha traído mucho dinero...

DON GONZALO. -¿Trae mucho dinero? ¡Qué sablazo, digo, qué abrazo le voy a dar! Venid acá hijos míos. (Abrazándolos.)

INÉS
¡Papaíto!

JUANITO

DOÑA BRÍGIDA. -¡Qué dichosa casualidad!

DON GONZALO
(Dirigiéndose al público.)

Llamé al cielo... y me escuchó;
y pues esto concluyó,
al dictar nuestra sentencia,
ten, ¡oh público!... clemencia
y no respondas... yo no! (Telón.)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo